

porque para nosotros la gravedad de la cuestion está solo en saber si en la Iglesia hay infalibilidad; una vez demostrada la afirmativa, es un asunto de buen sentido esta tésis: "Si en la Iglesia hay infalibilidad, esta facultad debe residir en el Papa;" en el miembro condicional está la dificultad, la relacion del condicional al condicionado es la dificultad menor, en cuya solucion se han ejercitado con buen éxito completo los más grandes sabios.

CAPITULO V.

Historia del Papado y de los Papas.

Hemos visto al Papa con el criterio filosófico; veámoslo ahora en la Historia.

Entramos á la region de los prodigios: á la vista tenemos no un milagro vencedor de la imposibilidad física, sino triunfante sobre la imposibilidad moral; no se trata de ver cómo ha vuelto muchas veces á la vida un cadáver descompuesto, sino de ver vuelto á unirse y preservado de su desolacion, á un reino muchas veces dividido y casi desolado (*«omne regnum divisum, desolabitur.»*)

Ese coloso que nos asombra, ó es con el Cristo ó es el Anticristo. A la vista de la conducta

repreensible de los Papas de su tiempo, pudo venir á Lutero la tentacion de creer que los mil doscientos años del Apocalipsis que se refieren al Anticristo, le venian bien al Papa; pero despues de Leon X, ese periodo de mil doscientos años ha crecido con exceso, y además, desde Adriano VI, sucesor de Leon X, los Papas han sido cada vez mejores hombres.

El prodigio es ya tan grande, que si los enemigos de la Iglesia católica romana logran hacer que los archivos de la historia, rebuscados más y más, nos muestren á un otros Papas malos en la lista que de ellos se ha hecho, no lograrán con esto sino ponderar la maravilla. Porque ocurre luego decir: ¿cómo permite Dios una tentacion, un escándalo tan grande, dejando todos los caractéres de verdadera, cual es la unidad y la estabilidad, á una Iglesia que es la iglesia del Anticristo?

Porque desde el primer Papa que fué malo y declinó de la verdad y de la vía recta del cristianismo, segun ellos dicen, principia el escándalo, y desde Silvestre acá, el mal triunfa y el Anticristo está sentado en la sede romana; el escándalo lleva, pues, diez y seis siglos, es decir, la mayor parte de la era cristiana. Pero ese escándalo ¿podia durar tanto?

Podríamos hacer mérito de cómo la lucha que el Papado ha venido sosteniendo de Silvestre acá, no ha sido en favor de Belzebud sino contra él. Si eliminamos las luchas de la Iglesia con Juan Hus y los protestantes, hasta la época de Baile, que es el punto en que los protestantes no convendrían, lo que es de Juan Hus á Silvestre, retrocediendo, y de Baile á acá avanzando, no podrán negar los protestantes, que el Papado ha hecho la guerra á Belzebud, y ya saben ellos, porque es palabra del Evangelio, que Belzebud no se hace la guerra á sí propio.

Pero no hagamos mérito de que esas luchas han sido contra Belzebud. Solo contemplemos cómo la historia de los Papas es la historia de una lucha incesante y á muerte.

Primero con los césares gentiles. El jefe de la grande Iglesia, como llamaban al Papa los paganos del imperio, fué el blanco de la persecucion sangrienta del potente coloso, armado contra el Cristo; y ese argumento que el *Cristianismo* emplea en su favor, tomado del hecho de haber resistido á tres siglos de martirio, puede con derecho reivindicarlo el Papado, el *Catolicismo* con mayoría de razon. Los césares, herederos de la política patente y sabia de los conquistadores del mundo ¿ignorarian lo que

importaba, si no el Papa, sí el Obispo de Roma? ¿Cómo no se ensañaría, pues, esa persecucion con los Obispos de la ciudad cesárea! y, sin embargo, el hecho es que los Obispos de Roma se sentaron en el capitolio en vez de los Césares.

Viene, despues, la lucha con los herejes y con los césares herejes. El arrianismo luchó cuerpo á cuerpo con la Iglesia verdadera; primero por medio de la intriga y luego por medio de dos césares arrianos: San Atanasio personifica la causa católica y á Roma; sí, Roma, por medio del Papa Julio I, hace suya la causa de Atanasio. Jamás hombre alguno se vió perseguido tan largo tiempo y con tan jurado encono y tan á muerte; pero jamás el justo perseguido triunfó más felizmente de tan tremenda persecucion. ¿Qué sucedió entónces? Cayeron los arrianos, nada consiguió Constancio, nada Juliano, nada Valente, poderosos césares, y Atanasio murió en paz de vuelta del *cuarto* destierro, y los Papas diciendo, «hemos salvado á Atanasio, ha triunfado Atanasio,» pudieron decir: «se ha salvado el Papado, ha triunfado el Papado.»

Arreciendo la tempestad de la herejía arriana, (porque áun despues de Atanasio, grandes hordas de bárbaros eran arrianos) de las herejías macedoniana, nestoriana y eutiquiana, viene

á unírsele la tempestad de los bárbaros que entran en Roma. El Papado lucha á la vez con la inundacion, con el incendio de la herejía y la barbarie; y ¿qué sucedió? Leon Papa Magno, vence á Atila más gloriosamente que el ángel al ejército de Senaquerib. Leon, solo con sus diáconos, sale á encontrar á Atila, el terrible *azote de Dios*, al que sigue medio millon de furiosos, y Atila, aturdido por la palabra del inerm Pontífice, desiste de tomar á Roma que tiene ya en sus manos, y Atila se vuelve y á poco es muerto por los suyos y los bárbaros se dispersan. Leon vence á la vez la herejía de Eutiques, dejando deslindado con sublime doctrina el dogma de la Encarnación, y cerrando con el concilio de Calcedonia los cuatro concilios en que los fundamentos dogmáticos del Cristianismo quedaron echados; por lo que la sabiduria cristiana no ha dudado comparar esos concilios á los cuatro evangelios.

Al fin, apoderados de Roma los bárbaros, acaba el imperio romano; pero en medio de la inundacion, el Papado se salva cual el arca en el Diluvio; Gregorio Magno es el nuevo Noé, padre de un nuevo linaje de cristianos, compuesto de los vencedores bárbaros y de las reliquias del linaje latino. Ya entónces queda Roma abando-

da á todos sus enemigos, y Roma queda en manos de los sucesores de Pedro, no á despecho de ella sino á sus propios ruegos; Roma no es entonces objeto de codicia sino de caridad; los Papas recojen al huérfano desvalido y de ese huérfano hacen un varon poderoso. Leed la historia de Gregorio Magno, á ver si decimos verdad.

Pasan esos días y Roma vuelve á ser codiciada; los Lombardos inundan la Italia y los Papas son perseguidos. Ya entónces los sucesores del nuevo cristiano Clodoveo, son poderosos; la Galia ya es Francia. Dios suscita á Pepino y á Carlo Magno para salvar á los Papas de los Lombardos, y para fundar el pequeño Estado temporal del Pontífice del Universo. Terribles tiempos estaban por llegar, y la cristiandad se constituye entónces en el santo imperio romano.

Viene el cisma griego, viene la invasion de los Sarracenos; los césares cristianos se vuelven cismáticos y perseguidores del Papado y los Sarracenos avanzando de Oriente y Occidente amenazan no solo á Roma papal sino á Roma civilizada. El peligro se triplica con la invasion simultánea de los Normandos, nueva horda de bárbaros septentrionales, que al arte de los otros bárbaros reúnen el de la piratería. ¿Qué sucedió entónces? El tercer peligro es el remedio de los otros

dos: los Normandos transigen con Roma en política y ceden en religion; fundan el reino de Nápoles que por mucho tiempo defiende á Roma ya de los griegos, ya de los sarracenos; no parece sino que á eso vinieron los normandos.

Después de esto, durante el peligro de la invasion árabe y reforzado el islamismo por la nacion othomana que lo regenera, el Papado es el alma de esa invasion de las cruzadas que adelantándose al Asia durante cuatro siglos, hace que los turcos no tomen á Constantinopla y que de allí no caigan sobre la Italia y la Europa toda. El Papado, pues, ha salido triunfante de este inminente peligro.

Pasadas estas crisis vemos al Papa luchar con el concilio de Basilea, triste sintoma de la insurreccion protestante. ¡Qué tremenda lucha! La Iglesia católica romana debió haber espirado entónces; no era Eugenio III, era la supremacía del Papa la cuestion que se ventilaba. Amadeo de Saboya ó sea Félix V no era el Papa Félix sustituido al Papa Eugenio, sino una entidad nueva sustituida al Papado. Y ¿qué sucedió? Que el concilio, tan potente al principio, fué debilitándose, y el Papado tan débil entónces fué recobrándose: que el concilio quedó vencido y el Papado vencedor. Así terminó la lucha.

Esta no fué, empero, sino el preludio de la gran lucha con el protestantismo. Se alza Lutero, se alza Calvino, se alza Enrique VIII; media Europa se pierde para el Papa y no se cuenta con la otra mitad; quedan solo la Italia, la Francia y la España. Pero la Francia ya casi, casi va á perderse, y la España tendrá que sucumbir. El concilio de Trento ¡cuántos riesgos corre! Y ¡qué sucedió? Que para rivales de los heresiarcas, Dios suscita varones llenos de ánimo y de caridad, de ciencia y de prudencia. Ignacio de Loyola funda la Compañía y hace en pro del Papa, más que Lutero y todos los herejes hicieron en daño del Papa; y Francisco de Sales y Felipe Neri y Carlos Borromeo y Pio V, fundan, conquistan, edifican, admiran, y en pocos años los Papas son santos. Y ¡qué más sucedió? Que sesenta millones de católicos perdidos en Europa, son reemplazados con doscientos millones en América y sesenta en las Indias y el Japon: que la Francia logra convertir á Enrique IV: que ciento cincuenta años despues de Lutero, el Papado vé á su Iglesia en una prosperidad mayor que nunca.

Vencido el protestantismo, el Papado lucha con el jansenismo y el galicanismo. Luis XIV é Inocencio XI se encuentran frente á frente;

el rey más hábil y poderoso, el Pontífice más sencillo y humilde se empeñan en la lucha; Bossuet, el gran Bossuet, está de parte de los enemigos; los jansenistas astutos han preparado la lucha y son aliados de los galicanos. Y ¡qué sucedió? Que el potente rey, que el árbitro de Europa, representante del partido anti-papal, cede al cabo, y que los Papas salen siempre vencedores.

Pocos días despues, la filosofia, auxiliada de las negaciones del protestantismo, de la rebeldía sutil de los jansenistas, de la funesta debilidad de los galicanos, de la corrupcion espantosa de las costumbres, de la ilustracion del siglo, de los adelantos de las ciencias, del amor á las investigaciones y á los estudios fundamentales de la religion, en historia y en política, se presenta como un Diluvio universal prometiéndose cubrir hasta el monte del Vaticano. La religion se ve oprimida como si ya cediese á la violencia del embate, como si ya las olas fuesen á ocupar la cumbre de la montaña santa.

En esos días no parecían ni apologistas, ni macabeos, capaces de salvar á la verdad de perderse y á sus depositarios de acabar su genealogía; Dios sella los lábios de Bossuet, como dice un apologista moderno, y enerva el brazo de los

Turena. Los sabios parecieron dar por concluido el Papado y su Iglesia, y en su defeccion alentaban á los burladores y estos con sus burlas alentaban en su defeccion á los sábios. Los reyes cristianos quedaron muertos ó prisioneros, y el Papa fué arrebatado de Roma y espiró en el destierro. Hasta los ménos hostiles llegaron á decir, «enterrad al último Papa.» Mas ¿qué sucedió? Que cuando todo se creia perdido, ya Pio VII estaba electo por los Cardenales prófugos, en un momento de tregua que los enemigos del Cristo dieron á los fieles sin saber cómo.

No bien esto sucede, un nuevo Alejandro hace enmudecer á la tierra. El Papado, repuesto de la reciente lucha, ve anunciarse otra nueva. El ateismo queda confundido y el furor de los anti-católicos queda enfrenado; pero el domador de los impíos, quiere tambien encadenar el poder pontificio: Pio VII y Napoleon se encuentran frente á frente. ¡Lucha tremenda! La Iglesia católica romana está á pique de ser una iglesia del César europeo, como la de Inglaterra es del rey de Inglaterra y la de Rusia de su emperador. Y ¿qué sucedió? El angustiado Pio VII, tres días despues de su falta, se levanta lleno de fé y dice al nuevo Nabucodonosor: «*Non licet,*» biera, pero lo hecho, deshecho.»

Y el tirano se enfurece; pero el Pontífice sonríe tranquilo. A pocos días cae el coloso y Pio vuelve en paz á gobernar el mundo.

Hasta aquí la historia: el desenlace de la lucha actual y el seguro triunfo del Papado, habrá de contarle la generacion que viene.

¿Cómo es, pues, que el Papado no ha caido? «¡La fuerza de la opinion!» se nos dirá. Pero ¿cómo podía ser tan incontrastable esta opinion si no se fundase en la persuasion segura de la verdad? El *tu es Petrus, el Pasce oves meas*, el *rogavi ut non deficiat fides tua*, son el secreto de esa estabilidad maravillosa.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

CAPITULO VI.

El Pontificado romano debió haber concluido muchas veces desde los primeros siglos, si no fuera obra de Dios. — Dios no solo lo permite sino que lo ama. — Historia de las grandes crisis de la Iglesia y del Papado.

Antes de que nos ocupemos en estudiar las causas segundas que han contribuido á la inco- lumidad de los Papas y de su Iglesia, conviene reflexionar sobre las grandes crisis, sobre los in- minentes peligros por los que han pasado, y so- bre la manera extraordinaria con que han sali- do salvos del peligro. El Papado, á no ser obra de Dios, mucho tiempo ha debió haber sucum- bido, y si ha salido salvo de tantas pruebas esto ha sido siempre por medio de acontecimientos inesperados y extraordinarios; cuantas veces los

dados se echan, otras tantas la suerte favorece la causa de esa institucion sorprendente.

Ya en el capitulo anterior, hablando de las luchas que ha sostenido el Papado, hemos hecho mérito de la gran parte que le cupo en la persecucion que la Iglesia sufrió del gentilismo. El milagro, pues, de la conservacion de la Iglesia, no obstante esa persecucion, es mayor por lo que hace á los Papas.

Tal vez no se ha pensado bien en la suma dificultad con que la sucesion de los Pontífices pudo subsistir en esa época terrible, ni en el cuidado con que los perseguidores han de haber procurado extinguir la cabeza de la *secta aborrecida*. Los césares y los sabios de entónces bien han de haber sabido lo que importaba esa cabeza. Casi todos los Papas de esos tres siglos fueron mártires; ser Papa importaba entónces tanto como morir. ¿Cómo, pues, no acabó entónces el Papado? Es fuera del órden natural el que unos usurpadores como se supone á los Papas, hayan sabido morir y sufrir como mártires, y usurpadores deberemos suponerlos, segun los protestantes, porque en ese tiempo los Obispos de Roma se portaron ya como soberanos de toda la Iglesia.

El Papado debió haber perecido en la trasla-

cion de la capital del mundo, de Roma á Constantinopla.

Si Roma dejaba de ser ya la gran ciudad de los césares, ¿por qué no seguia con los césares á Constantinopla el Papado de Roma? Porque la razon de lo *romano* se tomaba de Pedro y no de César. A no haber existido alguna razon poderosísima, al salir Constantino de Roma habria concluido el poder universal de sus Obispos. Pero nada de eso; los Obispos de Constantinopla nada dijeron, y por mucho tiempo reconocieron la superioridad del Obispo de Roma. No existe durante tres siglos despues de Constantino indicio siquiera de alguna pretension de esas que despues produjeron el cisma de Oriente. Con la hipótesis protestante, no concedemos, pues, razon plausible en los Papas para ser lo que son; en ese caso al abandonar el César á Roma, el Papa debió caer. Y ¿porqué no cayó?

Otro tanto debió suceder con la invasion de los bárbaros. Entónces Roma valta ménos que Rávena y que Milan, y los romanos ménos que los bárbaros. Entónces debió suceder que la medida de la grandeza perdida de la inelita ciudad, objeto de la emulacion y rivalidad de tantas otras, fuese la medida del desdén con que se la viese, fuese la medida de su nueva pequenez.

¿De dónde podían sacar ya los Obispos de Roma sus títulos para ser tenidos en más de lo que antes valían? Contrario fué al órden natural el que los Obispos de la ciudad caída no cayesen con sus conciudadanos. Si no cayeron, una razón debe existir, que no sea la que quisiera tomarse del respeto á lo antiguo, de la habilidad de los Papas, de los afortunados manejos de la usurpacion. Caído el árbol, ¿no caen con él todas las ramas si no es que otro árbol que confundia las suyas con él, haya escapado del golpe de la segur?

Pero, no es esto nada. Uno de los milagros que más asombran en favor del Papado, es el que lo supo preservar de su ruina en la fatal época del siglo X. ¡Ponderad, enemigos del Papado, ponderad más y más los excesos y los escándalos de los Papas de ese siglo: no sabeis lo que haceis! ¿Por qué no concluye con esos criminales el poder del Pontificado romano? ¿Por qué no se pone ahí de manifesto la usurpacion? ¿Por qué los Anticristos no perecen con su mentida genealogía? Enmudecerán los enaguigos; solo nosotros podemos dar explicacion cumplida de tan extraña fortuna: *tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam et porta inferi non prevalebunt adversus eam.* Si no caen

las piedras de la cumbre, ¿cómo ha de caer la piedra del ángulo?

No acabó, pues, el Papado á pesar de los Papas malos del siglo X; acabaron, sí, los Papas malos, pero no los Papas; y vinieron Papas buenos y despues de estos, mejores. Y fué entonces cuando ya Constantinopla osó disputar la primacía de Roma. De dos grandes ramas una se ha de apoyar en el tronco; aquella que no insista en él habrá de secarse, y si ninguna insiste, las dos se secarán; y si deben secarse las dos, una y otra habrá de secarse pronto, no sea que engañadas las ovejas se pongan á su sombra diciendo: hé aquí el árbol de Dios. Constantinopla pereció muy presto; seco el sarmiento fue arrojado al fuego. ¿Por qué la una rama ha seguido creciendo hasta ser un árbol mayor que en tiempo de la otra rama?

El Papado debió haber concluido con la invasion de los sarracenos. Dueños estos de España, dueños de Sicilia, dueños de las costas de Africa, era un hecho la conquista de Italia y la toma de Roma; y Roma, que supo dominar á los bárbaros del Septentrion imponiéndoles su fé, no habria podido hacer lo mismo con los creyentes de Alá. Pero direis, no les ocurrió apode-

rarse de la Italia.—En esto está, cabalmente, la misteriosa fortuna del Papado.

Pero, no aleguemos lo que pudo ser; veamos, sí, lo que fué y fué á despecho de las leyes inevitables que rigen á los reinos. Aludimos al cisma de Occidente, á esa prueba, como ninguna, de la que el Papado ha salido triunfante y fortificado; aquí está el colmo de la maravilla.

Dividase todo reino, y será desolado; (*omne regnum divissum desolabitur*) el sol dejará primero de salir por el Oriente y aparecerá en la mañana por el Occidente, ántes de que esa sentencia deje de cumplirse con cualquier reino de los hombres. Ese cisma de 40 años, ese escándalo de tres Papas dividiéndose la obediencia de la cristiandad, aborreciéndose con la obstinación de la ambición; terminar, no obstante, por una regeneración solemne, es una paradoja histórica que la simple historia no acertará á explicar. Era imposible que la Iglesia, una vez fraccionada, volviese á ser la Iglesia ántes de fraccionarse, como fué imposible que repartido el imperio de Alejandro entre sus generales, lo hubieran estos devuelto unido á su heredero, como fué imposible que dividido el imperio romano en uno de Oriente y en otro de Occidente, volviese á ser el imperio de los césares.

El órden natural pedía inevitablemente que Pedro de Luna y sus sucesores hubiesen quedado con la Iglesia *papal española*, y Benedicto con la Iglesia papal inglesa y francesa, y Gregorio con la Iglesia papal italiana y alemana; eso era indispensable una vez dada la ley (*omne regnum divissum desolabitur*.)

Figuraos que se os narrase este hecho: «los amigos de los generales de Alejandro han logrado á fuerza de ruegos y de exhortaciones por la memoria del héroe, que el mismo imperio se devolviese á los herederos del héroe;» ¿qué diriais? «¡Oh! eso es imposible para la debilidad humana; eso es un milagro; no me narreis quimeras!» ¡Oh! pues hé aquí lo que ha pasado á la faz de Europa: los amigos de la Iglesia á fuerza de ruegos, de sacrificio y de abnegación han entregado á Martino V la misma Iglesia de Urbano VI.

No hay que dudarlo: el Papado, si fuera obra de los hombres, inevitablemente habria sucumbido en el cisma de Occidente.

Más grave todavía fué lo acaecido en el concilio de Basilea. El conflicto del Papa con la asamblea de los Obispos fué un mal mayor que el conflicto de un Papa con otro Papa. El cisma de Occidente fué una división de hecho; el cisma de Basilea fué una división de derecho. En tiem-

po del cisma se reconocia el Papado, pero no á tal Papa; en Basilea se desconocia la superioridad del Papa; los Obispos se sublevaron no ya contra el encabezado sino contra la cabeza. ¡Qué prueba tan terrible! ¡la nobleza sublevada contra la monarquía! El Papado entonces debió perecer (*omne regnum divissum desolabitur.*) El Papa huyó y quedó casi solo; pero los nobles sublevados volvieron á la obediencia despues de su prevaricacion, y se vió regenerada la monarquía no cediendo un palmo de su derecho.

Los sublevados de Cronwel dan muerte á Carlos I; al cabo de algun tiempo ceden y sube al trono Carlos II; pero su monarquía ya es otra; la monarquía de Carlos I no volvió más; con Carlos I acabó la monarquía absoluta en Inglaterra, con Carlos II comenzó la monarquía restringida ó sea constitucional.

La Francia sublevada da muerte á Luis XVI; al cabo de algun tiempo cede la Francia, y Luis XVIII ocupa el trono de sus abuelos; pero la monarquía ya es otra: la monarquía de Luis XVI y de sus antepasados no volverá más; con Luis XVI acabó la monarquía absoluta de Francia, con Luis XVIII comenzó la monarquía restringida ó constitucional.

Con el Papado ha sucedido lo contrario: su

poder paternal ó, en lenguaje de publicista, su poder absoluto, del cisma de Basilea á acá ha venido en aumento, es decir, cada día ha sido más reconocido, respetado, admirado. ¡A ver!

Y ¡qué dirémos de la insurreccion protestante? ¡Qué dirémos de ese diluvio devastador, cuyas aguas aún han dejado en Europa esos grandes lagos que alborotados á veces amenazan anegar el campo cultivado de la viña de Roma? ¡Oh! en esos días de tinieblas y de tribulacion, cuántos no creyeron ver llegado el fin del reinado de los Papas! ¡El árbitro de Europa, el nuevo César, Carlos V, no conoce el peligro, y tibio y poco celoso de la vida de la Iglesia, casi llega hasta el cisma con el Pontífice, y pone tales obstáculos á la libertad del Concilio de Trento, que muy poco ha faltado para que el concilio ofreciese el escándalo de dar fin por la anarquía! Y, sin embargo, el concilio concluye felizmente, y eminentes Pontífices inauguran la regeneracion católica.

Sabido es el pronóstico de Lutero: de ahí á veinte años acabará el Papado. Ese mismo fué á los doscientos cincuenta años el pronóstico de Voltaire; y Lutero y Voltaire, no contando con la asistencia sobrenatural que Dios dispensa á

la Sede romana, tenían cumplida razon, discurren con la plenitud del buen criterio; porque fueron tantos los elementos de ruinas acumulados contra el Papado en tiempo de esos dos Anticristos, que estaba fuera del orden natural y humano el que el Papado no pereciese; (*omne regnum divissum desolabitur.*)

Y cómo vemos subsistir aún el Pontificado, y más esplendoroso que nunca y ejerció sus poderes con mayor confianza suya y mayor respeto de los católicos, despues de ese combate tremendo que le ha presentado la filosofia ya con los libros y con sus sabios, ya con las armas al mando del primer guerrero del mundo! La filosofia, ó sea la irreligion de la Francia, ha sido luego la irreligion de la toda Europa y de toda la cristiandad; así como la revolucion francesa ha sido al cabo la revolucion de todos los países civilizados. ¿Por qué no acabó el Papado en fuerza de las burlas de Voltaire y de las razones de los enciclopedistas y del prestigio inmenso de los sábios, coligados contra la *vetusta institucion!* ¿Por qué unos cuantos prófugos han dado un sucesor á Pio VI cuando la Europa ó no tenía voluntad ó no tenía valor de llamarse católica romana? Pero es el hecho que con Pio VI no quedó enterrado el Pontificado, como aseguraban

los adeptos de Voltaire; y es el hecho tambien que el sucesor del difunto, era de ánimo tan bien templado, como se necesitaba para luchar con el coloso que iba á representar á la filosofia en el nuevo combate que tenía de librar contra el romano Pontifice.

El peligro que iba á presentarse no era el de la muerte del cuerpo del Papado, sino el de la de su alma; no el de esa muerte de hierro y de fuego, sino el de la muerte de veneno y no de veneno violento, sino de aquel que deja al parecer vivo al que ha engañado con dulce sabor; de ese veneno que tomaron y con que murieron los pastores de la ántes católica Inglaterra y de la ántes iglesia griega, que despues fueron la iglesia protestante de Inglaterra y la iglesia cismática de Rusia, de ese veneno que se llama la *prudente condescendencia* con la voluntad de un rey que se dice protector de la Iglesia; veneno que no está eximido de tomar ningun jefe de Iglesia que no sea la de Roma, porque resistir á la mano que lo propina no es dado al que Dios no sostenga, y Dios solo á Pedro concedió el don de resistirla.

Hé aquí, pues, á Napoleon, al gran dominador que llevaba en pos de sí, en humilde séquito, reyes altivos cual humildes palaciegos; hé

aquí á Napoleon con Pio VII en Fontainebleau, queriendo hacer de la Iglesia católica una iglesia napoleónica ó imperial, y al sencillo é ingenuo Pontífice, irritando con su sencilla é ingenua resistencia al que era terror de reyes de antigua dinastía.

¿Qué valieron todas las amenazas? ¿Qué valieron todas las promesas? Nada. Bernabé Chiaramonti es una caña que el huracan doblega, pero que no rompe. Sí, que se doblega, pero que pronto se levanta. El triunfador de ejércitos sabe tomar la mano de su prisionero y hacerle prevaricar con engaños; pero la voz del prisionero grita contra lo escrito y lo arrancado por subrepcion apenas acabado de conseguir; y Pio VII, vuelto en sí, con la tranquila actitud de su humilde resistencia, llena de terror al gigante.

Poco despues cae Napoleon, y el Pontífice vuelve á ocupar la sede de Gregorio Magno, de Hildebrando é Inocencio III. Pio VII debió sucumbir como sucumbieron los más altivos reyes ante el gesto del nuevo Alejandro; no era capaz la fuerza del alma de un hombre prudente y contemporizador como Chiaramonti, para resistir á la palabra de tan poderoso carcelero. ¿Por qué no sucumbió? No lo explicaré sino el

que reconozca la asistencia que presta el Cristo á los sucesores de Pedro.

Hé aquí bosquejado el cuadro de las principales crisis en que la Iglesia romana, á ser obra de hombres, debió haber sucumbido.

Desde luego notemos el bien que hizo el Pado y el mal que combatió, tomando una parte tan activa en la destruccion del paganismo y en la conversion de los paganos. La conversion de Inglaterra, la de Dinamarca y Alemania, del gentilismo al cristianismo, se debe exclusivamente á la Iglesia papal. Todas las misiones enviadas á convertir gentiles, que han tenido un éxito efectivo, han partido de Roma ó han recibido su sancion y se han mantenido en comunión y en correspondencia con el Papa. Eso ántes de Lutero.

Despues, ¿cuánto no hay que narrar desde los misioneros que en mil quinientos veinticuatro salieron de Roma para México, hasta los que el año actual (1878) han salido de Roma para la Cochinchina y para todas las misiones del Asia! La América gentil, pronto adoró al Cristo, merced á los trabajos incalculables de aquellos misioneros sobre que Roma velaba. Las Indias Orientales, la China, el Japón, las islas de Oceania, el Africa, han visto recibir el bautismo á miles y miles de infieles, catequizados por los ministros de los Papas.

Digan los protestantes que Roma es idólatra y que de una idolatría ha hecho entrar á los gentiles en otra idolatría; pero adviertan, que el

bien de Roma al convertir á los gentiles, ha consistido principalmente en *moralizarlos*, y este es el principal punto en que Satanás se da por ofendido. Más quisiera Belzebud ver al universo convertido en católicos *malos* que en *buenos* gentiles, que sin excepcion todos los hombres profesasen la fé católica y practicasen malas costumbres, que el que sin excepcion todos los hombres hubiesen quedado gentiles en fé, pero practicando buenas costumbres. Satanás aceptaría con gusto veinte Papas como Alejandro VI, católico sin tacha en la fé, por no sufrir un solo gentil como Aristides.

Roma, pues, ha trabajado por la causa de Dios al convertir tantas naciones de la gentilidad, cuidando más que todo de regenerar sus costumbres.

Roma ha estado á la cabeza de esa resistencia que la fé ortodoxa ha hecho á las herejías arriana, macedoniana, pelagiana, nestoriana y eutiquiana, herejías cuya calidad de tales convienen los protestantes en reconocer con los católicos. Apenas predicaba la heterodoxa tesis y contradicha, la de Arrio por Alejandro, la de Maccedonio por Gregorio de Nacianzo, la de Pelagio por Agustin, la de Nestorio por Cirilo, la de Eutiques por los Obispos de Calcedonia.

los contradictores avisan á Roma para que ratifique y ordene en forma el combate; y Roma aparece incansable hasta que con cinco Concilios pone de manifiesto los cinco heterodoxos errores. Roma, por tanto, con la autoridad y trabajo de sus Pontífices ha hecho la guerra á Satanás aniquilando aquellas cinco herejías, llamadas también herejías por los protestantes.

Los Papas han dado ejemplos memorables de tomar á su cargo la defensa del justo perseguido. Los reyes y los príncipes se levantan contra Atanasio, y el Papa Julio, con enojo de reyes y príncipes, protege abiertamente al perseguido Obispo. El incorruptible Juan Crisóstomo, que truena contra los escándalos de la corte, se concita el odio de los grandes, pero el Papa Inocencio I se declara su protector y su amparo, compartiendo con el apóstol perseguido por la justicia la animadversión del emperador. Nicolás I toma la defensa de otro justo oprimido de los malos, y sostiene á Ignacio, el santo patriarca de Constantinopla, contra las furias de un tirano y las astucias del patriarca intruso. El mismo Nicolás I sostiene la santidad del matrimonio y la debilidad de una esposa ofendida, contra todo el poder de un rey de Francia, y no

obstante exponerse á perder una amistad tan necesaria al interés del Papado en esos tiempos.

Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII, ¡qué nombres! Gregorio salva á la Iglesia de la inmoralidad y de la tiranía de los reyes; Inocencio hace otro tanto, y, como sus antecesores, defiende la santidad del matrimonio y la debilidad de una mujer, contra el poder de uno de los más poderosos monarcas; Bonifacio combate por la justicia hasta el último instante de su vida, también contra reyes y tiranos; por eso la calumnia se ha ensañado contra estos tres héroes.

Si después los Papas, como sucedió con los del siglo X, fueron malos hombres, ¿se separaron por eso del camino seguido por los buenos, de velar por las buenas costumbres? Si los Papas que precedieron á Adriano VI, pagaron tributo á la degeneración de las costumbres de la cristiandad, en su personal conducta, ¿dejaron por eso de enseñar la misma moral que sus predecesores y de ser el apoyo del débil contra el fuerte?

Apénas la insurrección de Lutero publica que los Papas por sus malas castumbres personales

son Anticristos, vemos sentarse en el trono de Alejandro VI, al honrado, piadoso y austero Adriano VI; de manera que Lutero nada pudo decir de sus costumbres. Despues sigue esa serie de varones ilustres como un Paulo III, un Paulo IV, un Pio IV, un Pio V, que han trabajado infatigablemente por la reforma de las costumbres de la corte romana y de toda la cristiandad, mostrándose modelos de santidad en medio de la pompa del Papa-rey. Entónces fué cuando quedó resuelta, como nunca, la cuestion de si el Papa era el Anticristo, cuestion con que Lutero sublevó la mitad de Europa; entónces se vió cómo el Papado es contra Satanás, y que la causa del bien y de Dios, es su causa.

De entónces á hoy, ¿no han estado los Papas á la cabeza de esa propaganda que trabaja incesantemente por la mejora de las costumbres del orbe católico?

No sea, pues, dificultad para los disidentes el encontrar Papas malos en la serie de ellos; porque el Cristo no prometió la indefectibilidad de la *justicia* sino de la *fé* de Pedro; y vean, cómo, en todo caso, los Papas buenos ó malos han ido llevando á cabo la obra progresiva de la mo-

ralizacion del mundo, y no midan la bondad de esa institucion por las malas costumbres personales de unos, sino por el bien que todos han sabido llevar á cabo en favor de las costumbres, y miren, sobre todo, cuántos Papas han sido muy santos Papas y muy santos hombres. Satanás, pues, ¿cómo habia de hacerse la guerra á sí mismo? Porque convengan los disidentes en que, á lo ménos varias veces y varios de los Papas, estos han hecho la guerra á Satanás.

Enemigo del Papado fué un Neron, un Decio, un Galerio, un Majencio, furiosos tiranos gentiles. Ni se diga que esos perseguidores no perseguian al Papa sino al Obispo, ó que no sabian si habia Papas, porque ¿cómo los señores del mundo desconocerian la influencia universal que, *de hecho* por lo ménos, ejercian esos Obispos, ó cómo no habian de averiguar, ó cómo no habria de llegar á su noticia la extraordinaria constitucion de la sociedad que venia planteando esa *nueva secta* difundida por toda la tierra?

Tolerante del Papado fué un Trajano, un Antonino Pio, honra de la gentilidad. Amigo y protector del Papado, el gran Constantino, el generoso, el dócil Clodoveo, el magnánimo Teo-

dosio, el piadoso y magnífico Carlo Magno, el intachable Oton III, el santo rey Luis IX, el santo rey Fernando III.

Enemigos del Papado, el apóstata Juliano, el hereje Constancio, el perverso Enrique III lleno de crímenes.

Amigos, en fin, reyes justos y piadosos; enemigos, reyes tiranos ó criminales. Ahí está la Historia: que se nos contradiga.

El gran Luis XIV, hombre de excelente buen sentido, que oyendo hablar de esos dos hombres que hay en nuestro interior, de esas dos inclinaciones del bien y del mal, decía graciosamente: «conozco mucho á esos dos hombres.» Luis XIV, decimos, cuando fué el hombre de mal, es decir, de malas costumbres, afligió al Papa y fué su enemigo; cuando trató de ser el hombre de bien, hizo justicia al Papa, dejó de afligirle y fué su amigo.

Enemigos implacables del Papado, todos los herejes y cismáticos, y hablamos de aquellos apellidados así tambien por los protestantes.

Sus amigos los ha tenido el Papado entre los hombres de virtud y ciencia, solícitos del orden y la paz, hombres cuya santidad, honradez

y ciencia, reconocen los enemigos mismos de Roma y de los Papas.

Con estos datos, dígasenos si el Papado estará de parte de Dios ó de Satanás, si habrá servido á Dios ó á Satanás.